

EPISODIOS BASCONGADOS.



Cualquier viajero que, obligado por circunstancias apremiantes, hubiese tenido que atravesar las cinco leguas que median entre Lodi y Melzo, en Italia, en una fría y destemplada noche del mes de Noviembre de 1524 hubiera visto un suceso tan maravilloso y sorprendente que de ninguna manera hubiese podido comprender.

Es el caso, y caso histórico, por más que parezca engendro de imaginación calenturienta, que unos 2.000 hombres iban en camisa, al parecer, y armados, sufriendo el rigor de aquella noche fríasima, hollando la blanca nieve que había caído el día anterior y aquel mismo día con abundancia en aquellas montañas.

Aquellos hombres eran soldados españoles pertenecientes á los gloriosos tercios que habían ya fatigado la historia con sus hechos inmortales. Eran soldados del ejército de Carlos I de España, Emperador de Alemania, en guerra con Francisco I de Francia.

Mandábalos el intrépido Marqués de Pescara, y pocos en número, tenían que vivir encerrados en Lodi, porque tenían cerca el formidable ejército francés.

Pero aunque pocos en número, eran muchos por su calidad, es decir, por su valor solo comparable al de aquellos héroes inmortales y fantásticos cantados por el padre de la poesía, Homero, en la Iliada.

En la noche de que hablamos, el Marqués de Pescara ideó un plan que puso en seguida en ejecución. Mandó á sus soldados que se pudiesen encima de sus vestidos sus blancas camisas, se echasen encima sus armas y emprendiesen la marcha con el mayor silencio. El Marqués de Pescara marchaba a la cabeza de aquel ejército de fantasmas.

No hay necesidad de decir los sufrimientos de aquellos valientes veteranos en noche tan destemplada. Basta decir que con el lodo y la

nieve perdieron la mayor parte de ellos el calzado, y que el intenso frío y el viento sumamente desagradable que reinaba, entumecía los miembros.

Entre ellos iban, como siempre en todas las gloriosas campañas de nuestra nación, los infatigables bascongados famosos por su intrepidez y arrojo entre los más renombrados en aquellos tiempos de hierro.

De repente la columna hace alto.

—¿Qué pasa?—dice el Marqués de Pescara al jefe de los exploradores.

—Señor,—contesta este,—que hay un río.

—Pues pasémosle,—replicó el Marqués.

—Es que está helado, señor.

—Pues rompamos el hielo.

Y volviéndose á una hilera de soldados de caballería, les dijo con aquel acento que no admitía réplica:

—¡Marchad de frente!

Los soldados cumplieron sus órdenes. Aplicaron los acicates á sus caballos, y estos rompieron con sus cascos el hielo.

—Ahora,—dijo el Marqués, volviéndose á la infantería,—ya está el paso libre. Seguidme.

Y metiéndose el primero en el agua, pasó al otro lado del río. Los soldados imitaron el ejemplo de su general. El agua les llegaba al cuello.

Ya empezaba á rayar el alba, cuando llegaron á Melzo, ocupado por fuerzas francesas.

—Mucho silencio,—dijo el general,—y á escalar los muros.

Los soldados, en el mayor silencio, fueron acercándose á las murallas.

Dos centinelas franceses estaban colocados en los torreones.

—¿Sabes,—dijo el uno al otro,—que me parece ver moverse allá abajo algunas cosas blancas?

—Yo creo,—contestó el otro,—que serán los árboles que mueve el viento, y como están llenos de nieve...

Aún no habian concluido de oirse estas palabras, cuando se oyó sonar el clarín de la caballería dentro de la plaza. Era el toque de diana.

Volvióse Pescara á sus soldados, y les dijo:

—Amigos: esos caballeros quieren cabalgar; pues vamos nosotros, como infantes, á calzarles las espuelas. ¡Arriba todo el mundo!.

No sabemos cuál fué ántes, si el mandato ó su ejecucion. Apoyados en las lanzas, treparon á porfia los españoles por los muros.

—¡España y Santiago!—se oyó un grito imponente que fué á perderse en las montañas vecinas.

Una hora despues volvian aquellos hombres de acero á recorrer el mismo camino por donde habian venido; pero no iban solos: llevaban no pocos prisioneres, armas y caballos.

Apenas llegados á Lodi, el Marqués reunió á los prisioneros franceses, y dándoles un pequeño socorro, les dijo:

—Estais libres: id donde vuestro rey, y manifestadle cómo saben los españoles batirse y al mismo tiempo ser humanitarios.

No habian pasado muchos días de esta empresa gigantesca, cuando el Marqués de Pescara recibió la noticia de que un caballero francés le traia un mensaje de parte de su rey Francisco I.

El Marqués le mandó entrar.

—Señor,—dijo el mensajero,—mi amo me manda venga á deciros que si quereis darle la batalla, os dará en recompensa doscientos mil escudos.

El Marqués contestó:

—Decid al rey Francisco que guarde ese dinero, que le hará dentro de poco suma falta.

El mensajero salió de la sala. Pocos momentos despues el galopar de un caballo indicaba que volvía á su campamento á llevar la arrogante respuesta del general español.

Cuando el rey Francisco I supo la contestacion del Marqués, se encendió en ira y prometió hacer pagar cara á los españoles la respuesta de este.

Encerrados se hallaban, por sus escasas fuerzas, los españoles en Lodi con la mayor vigilancia para no ser sorprendidos por el ejército francés, cuando un día del mes de Enero del año siguiente, esto es, dos meses despues de lo que acabamos de referir, se oyeron á lo léjos cornetas y tambores que indicaban aproximacion de tropas.

El Marqués de Pescara mandó formar la guarnicion y envió exploradores en la direccion en que venia el sonido de los instrumentos militares.

Momentos despues volvian los exploradores con la grata noticia de que eran fuerzas auxiliares. Eran doce mil hombres. Refuerzo considerable, pero no lo suficiente para dar la batalla al rey francés,

Habia, sin embargo, en Pavia, encerrado por el ejército francés, otro ejército español, que ansiaba el momento de medir sus armas con su enemigo. Puesto de acuerdo con los de Lodi, determinaron dar la batalla que habia de decidir de la suerte de los dos reyes más poderosos de la tierra en aquel siglo.

En su orgullo y altivez, el Monarca francés envió otro desafío al Marqués, diciéndole que le daría veinte mil escudos si se presentaba á darle la batalla en el término de veinte días.

El Marqués de Pescara contestó:

—Decid á vuestro rey que cuento dentro de diez días con diez y ocho mil hombres, y que, si quiere, podemos medir nuestras armas en campo igual: en cuanto á los veinte mil escudos, que los guarde para mejor ocasion, que no le faltará.

No se hizo esperar la contestacion del rey francés. Manifestaba su deseo de batirse con igual número de fuerzas, á condicion de que se allanasen los fosos de una y otra parte.

Los caudillos españoles se dispusieron á dar la batalla.

En la mañana del 24 de Enero, las trompetas y tambores, con marcial estruendo anunciaron la marcha del ejército español. Fueron derechos á la villa fortificada de Santángelo y la tomaron por asalto.

El primero que penetró por la abierta brecha fué un caballero que llevaba una rodela, en que iba pintada la muerte. Era el Marqués de Pescara.

Algunos días despues, el ejército español llegó á los campos de Pavia, en donde se hallaba el ejército francés.

Si la jactancia de Francisco I habia sido grande anteriormente, su cobardía no fué menor al ver delante de sí á aquellos guerreros que los iban á buscar á su mismo campo, cuando los franceses creían que no podrian atreverse á salir de Lodi.

Atrincheráronse los franceses, que ántes eran los primeros en pedir campo raso para la batalla.

En vista de esto, el Marqués de Pescara hacía descansar á sus tropas de día y atacaba de noche.

Esta situacion era, sin embargo, insostenible. El monarca francés se habia propuesto acabar con la paciencia de los españoles por la escasez de recursos, y necesariamente lo conseguiría.

Entónces el Marqués de Pescara acudió á sus artificios. Reunió á

sus tropas, y como en Melzo, les hizo poner sus blancas camisas encima del resto de la ropa: otros se cubrieron con sábanas blancas y todos con gorros de papel blanco.

Una hoguera inmensa iluminó en la mañana del 24 de Febrero de 1525 los campos de Pavía. Los pabellones y chozas del ejército español ardian por todos lados.

El rey francés no dudó que los españoles huían. Mandó que inmediatamente su ejército se dispusiese a perseguir á los fugitivos. Al rayar el alba, el ejército francés salió fuera de sus trincheras.

Pero los españoles habian jurado vencer ó morir, y sus juramentos tenian que cumplirse.

Entónces se dió aquella formidable batalla, en que segun todos los historiadores, se desplegó un rencor solo comparable á los tiempos más atrasados.

Allí se hicieron notar, en aquel día para siempre memorable, las cáebres compañías de bizcainos y guipuzcoanos, que rayaron á una altura de gigantes.

Aquellos terribles bascos se metian entre las patas de los caballos y por entre las filas de los mismos franceses, y dieron cuenta con sus aceradas espadas de gran parte de la nobleza de Francia, que pereció á los golpes de aquellos valientes entre los valientes.

De repente, de entre las filas de los guipuzcoanos, salió al galope un capitán, de la órden de Santiago, llevando en alto su espada tinta en sangre. Derribando á unos y matando á otros, se habria paso por entre las filas de los franceses, llevando pintado en sus ojos el furor de la guerra.

Un apuesto y elegantísimo caballero francés parecia ser el que llamaba su atención. Allí se dirigió al furioso galopar de su caballo.

Pero en el mismo momento en que el intrépido guipuzcoano iba á acometer al caballero francés, el caballo de este resbaló, cayendo al suelo con el jinete, quedando este debajo del caballo.

El capitán guipuzcoano, con la nobleza propia de su estirpe, no creyó digno de su hidalguía herir á quien estaba imposibilitado de defenderse.

—Entregáos, caballero,—le dijo,—ya que no puedo mataros por mi propia dignidad.

—Yo no puedo entregarme á vos, sino á vuestro emperador:

—¿Solo al emperador?

—Solo á él.

—¿Tan alta es vuestra alcurnia?

—Soy el rey Francisco I de Francia.

El respeto más profundo se pintó entónces en el rostro del caballero guipuzcoano, y al mismo tiempo, como si hubiese brotado en su alma una idea alhagüeña, dijo al rey.

—Señor, yo ayudaré á que S. M. se levante.

Ayudó al rey á salir de aquella angustiosa situacion, y luego le dijo:

—Señor, quisiera pedir una gracia á V. M.

—Pedidla,—dijo el monarca.

—Señor, en Francia gime prisionero un noble caballero por quien yo daria mi existencia: es el Sr. D. Hugo de Moncada. Yo pido á V. M. humildemente su libertad.

—Yo os doy,—contestó el rey conmovido,— mi palabra de que se pondrá en libertad. Esos sentimientos os honran mucho. ¿Cómo os llamais?

—Juan de Urbietta,

—¿De dónde sois?

—De Hernani., en Guipúzcoa.

—Está bien, no os olvidaré ni olvidaré mi palabra.

Aún no habia concluido este diálogo entre el rey y el noble guipuzcoano, cuando se vieron rodeados por unos cuantos caballeros españoles.

Pronto se supo quién era el caballero que acababa de ser hecho prisionero por el capitán guipuzcoano.

Así terminó la célebre batalla de Pavía, en la que no solamente se portaron los bascongados con un valor sin igual en medio de los hechos más grandes que registra la historia, sino que cupo á un guipuzcoano la honra de hacer prisionero al rey más grande y altivo del siglo XVI.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

